nes, como la protección é insignes merecimientos del venerable P. Anchieta.

Dios quiera glorificar á entrambos!

BIBLIOTECA CENTRAL

CAPÍTULO XVII.

Escursiones apostólicas del P. Malagrida por la provincia de Pernambuco.

Después de haber abierto y explotado, con grande aprovechamiento de las almas, tan rica mina en la capital, quiso también el Apostólico Minero beneficiar los preciosos filones, que le quedaban todavía, llevando sus trabajos hasta los pueblos más remotos de la provincia. Prolijo sería, y por demás enojoso, seguirle en todas sus correrías sagradas, referir una por una sus peripecias, y narrar todos los portentos de su caridad asombrosa. Por esto nos contentaremos con referir solamente algunos hechos más edificativos é interesantes.

No léjos del promontorio de S. Agustín, en Nuestra Señora de Luz, una fuerte y tenaz sequía tenía, por mucho tiempo, desolada la tierra, mostrándose el cielo de bronce sin mandar, por largos meses, la suspirada lluvia. Los labradores no podían salir al campo sin sentir sus corazones transidos y llorar de pena, al contemplar el lastimoso estado de la campiña, enlaciadas y mustías unas plantas, otras secas, y todo á punto de perecer. Compadecido el venerable Misionero subió al púlpito, y, habiendo escitado al pueblo á penitencia, les dijo

que, confiado en la firmeza de sus propósitos, en nombre de la Sma. Virgen les prometia que, antes de tres días, les enviarían las nubes el riego tan anhelado. Efectivamente, llovió en el plazo prefijado por el Siervo de Dios, y, con la lluvia, quedó salvada la cosecha.

Queda ya dicho, y con hechos consignado que de todos los pecadores, cuya eterna vida peligra, los que más á lástima movían su corazón, eran los más pobres y desamparados. Por esto, habiendo reducido en Iguarassu á cristiana vida gran número de jóvenes cortesanas, deseoso de poner á salvo su conservación y asegurar su perverancia, librándolas de recaidas tan frecuentes en este linaje de arrepentidas, determinó levantar para las pobrecitas una nueva casa de refugio. Con ningún fondo contaba para ello, pero, como sabía por experiencia, que los recursos de la Providencia divina son inagotables, pasó adelante con su empeño. Grandes fueron los obstáculos, que tuvo que vencer, pertinaz la oposición que se le hizo; pero, gracias á su inquebrantable constancia, y merced á la generosidad, así de un piadoso sacerdote, llamado D. Miguel de Sepúlveda, como de doña Antonieta María de Jesús, dama de virtud más que ordinaria, antes de despedirse de dicho pueblo, tuvo el consuelo de ver el santo asilo considerablemente adelantado.

En la villa de Afogados, habiendo hallado el templo ruinoso, emprendió su restauración, haciéndose admirar de sus habitantes, no me-

BIBLIOTECA CENTRAL

nos por su pericia en dirigir los trabajos, que por su activa humildad en llevar, cual simple peón, piedras y mortero, como ya en parecidas ocasiones lo había practicado. Tres hechos maravillosos contribuyeron no poco á acrecentar, tanto el crédito de santo, de que ya gozaba, cuanto los frutos de la misión, que dió en Goyana.

Una pecadora pública, tocada de la divina gracia por medio de las exhortaciones del Padre Malagrida, rompió resueltamente las duras cadenas, que la tenían sujeta al crímen, y, por empeño del mismo Padre, se refugió en casa de una persona de confianza y honestísima, donde, bajo su custodia y cuidado, se viera libre del escandaloso comercio de su amante. Apenas el cómplice se vió privado del cebo de su brutal pasión, cuando, furioso, puso en juego todos sus ardides é influencia, y no cejó de su temerario designio hasta que, habiéndose presentado con mano armada en el asilo, donde se había recogido la arrepentida, consiguió arrancarla con violencia, y á viva fuerza y, mal de su grado, llevársela de nuevo á su albergue. Fácil cosa es adivinar el escándalo, rumores y sorpresa de todo Goyana á vista de tan enorme atentado, mucho más por haberse cometido en tales circunstancias, en medio del curso, y en el mayor fervor de la santa misión.

Toda la población lo condenaba; llorábanlo con pena todos los buenos; y el P. Gabriel, vivamente penetrado y afligido, desahogaba con Dios su dolor. Pedíale humildemente quisiera,

con su infinita sabiduría y el poder de su omnipotente brazo, reparar tamaño desorden, iluminando al obcecado y fiero gavilán, y devolviendo á la inerme paloma al lugar de su retiro. Estaba, al dia siguiente, predicando con el fervor acostumbrado, cuando cortando de repente el hilo de la plática, exclamó con inspirado acento, que todos advirtieron: *Hermanos mios, el voraz lobo, que había arrebatado la indefensa oveja de Cristo, acaba de fallecer, y dar cuenta á Dios, y recibir el merecido castigo!* Concluido el sermón, corrieron algunos de los oyentes á informarse de lo acontecido, y, con saludable estupor, supieron que en el mismo instante, en que el Siervo de Dios profería dichas fatídicas palabras, el osado raptor había sido herido de repentina muerte, quedando libre de las garras del lobo la pobrecita presa, que no había querido soltar de buen grado el delincuente.

En otro sermón, predicado igualmente á últimos de la Cuaresma de 1743, trataba el P. Malagrida de las terribilísimas penas del Purgatorio, cuando interrumpió también súbitamente el discurso para encomendar á las oraciones de los fieles el alma de una persona, muy conocida y que nombró, la cual había muerto en un pueblo harto distante. Examinado el hecho, súpose después que dicha persona había espirado en la paz del Señor á la misma hora, en que el Apóstol había implorado por ella los sufragios del auditorio. En otra ocasión, encontró en la iglesia el cortejo fúnebre de un sacerdote; subió entonces al púlpito, y, lleno de santa alegría, empezó el panegírico de aquel venerable ministro, enumerando una por una sus buenas cualidades y virtudes, como si le hubiese tratado toda su vida, y aseguró que, por su celo pastoral y otros muchos merecimientos, presto había subido á gozar de la eterna gloria.

De Goyana pasó el P. Gabriel á Parahyba, evangelizando, juntamente con el celoso capuchino Fr. Antonio María de Módena, todos los pueblos, que hallaban en el camino. Era Parahyba población importante, situada á siete leguas de Pernambuco cerca de la desembocadura del rio, del cual toma su nombre. Difícil, sino imposible, era llegar á este pueblo, á no ser por medio de barcas, á causa de los numerosos lagos, que lo rodean. El P. Gabriel escogió este medio, y gracias al bote, que le había enviado el Gobernador de la ciudad, pudo vencer todas las dificultades. Admirables trazas del Altísimo! Distinguíase este funcionario por su carácter altivo é impetuoso, y, con sus medidas opresoras, no solo se había enajenado las voluntades de sus dependientes y subordinados, mas también había roto sus amistosas relaciones con los Padres de la Compañía de Jesús, allí residentes.

El motivo, pues, porque mandara la lancha al P. Malagrida, no era muy conforme con las leyes de caridad, antes lo había hecho para granjearse su benevolencia, y servirse de él contra sus propios hermanos. No pudo, empe-

BIBLIOTECA CENTRAL

ro, salirse con su intento, porque, habiéndole ofrecido hospedaje en su propio palacio, no consiguió lo aceptase. Rehusólo el Padre, alegando que las reglas de la Compañía vedan á sus hijos albergarse fuera de casa, cuando hay residencia ó colegio de Jesuitas en el pueblo de su tránsito. Este desaire, bien que justísimo, hirió de tal suerte el ánimo del Gobernador que, pretestando enfermedad, se excusó de asistir á la misión, y en efecto, no oyó ni un sermón siquiera de los que predicó el caritativo Apóstol.

A pesar del retraimiento de la primera autoridad removíase el pueblo con los elocuentes sermones del Misionero, corría en masa á escuchar las enseñanzas divinas, y hasta, desde el fondo de las cárceles, habiendo los forzados oido hablar del Hombre de Dios, le suplicaban enternecidos que se dignase ir á repartirles, por lo menos, las migas, que caían de la mesa de los que gozaban de libertad. Mas el generoso y diligente Obrero quiso abrirles con igual benignidad los tesoros de la divina misericordia, predicándoles por espacio de tres dias, y disponiéndolos, con ejemplar solicitud, á comer dignamente el maná del cielo.

Rugía de rabia el infernal dragón con tales resultados, allí desconocidos, y fraguaba medios para impedirlos á todo trance. Terrible fué el aprieto, en que puso al Siervo de Dios en la permanencia de este en Varga-nova. Como para ayudar á la restauración de la iglesia, que estaba ruinosa, hiciera allí el oficio de

peon, según humildemente estilaba, al pasar, en cierta ocasión, cargado con una gran piedra, por el lado de una carreta, tirada por bueyes, contra los ordinarios instintos de aquellos mansos animales, recibió de uno de ellos, no una cornada como pudiera imaginarse, sino tal coz, que lo derribó sin sentidos por tierra. Lleváronlo inmediatamente en brazos á una casa vecina, y allí estuvo cuatro dias mártir de horribles padecimientos. A los que le visitaban, y compadecidos de sus dolores le dirigían palabras de consuelo, respondíales con religioso donaire, y les hacía entender que el autor ó causador de su caida no era otro, sino el demonio, envidioso del bien de las almas, pero que pronto sanaría, y con nuevo vigor y firme pecho volvería á la carga, haciéndole cruda é irreconciliable guerra: y así en realidad lo verificó al poco tiempo.

Las delicias del cielo, con que el Señor dulcificó esta pequeña amargura, fueron inefables, pues él mismo, con ser tan reservado y secreto en las gracias, que del Criador recibía, escribiendo más tarde á uno de sus hermanos en religión, le confesaba que, en medio de los agudos dolores y tormentos, que le causaban las contusiones, gozaba de deleites espirituales indecibles, y terminaba su carta con este piadoso gracejo: *Si el buen Jesús así nos consuela, procurándonos coces, qué será cuando gozaremos sin tasa de sus delicias?*

Más doloroso fué para el celoso y paternal corazón del Misionero otro hecho, que le acon-

teció en la misma población de Varga-nova á fines de febrero de 1744. Vivía allí un mestizo sumido en lodazal inmundo de pecados. Enterado el Padre de aquel público é intolerable concubinato, apeló á la influencia de compatricios del criminal, varones conspícuos y autorizados, para que procurasen remover aquella piedra de tropiezo escandaloso. Mas, viendo que, por desgracia, salían defraudados todos los recursos que se probaban, después de haber encomendado instantemente al Señor, según su piadosa costumbre, el importantísimo negocio de la salvación de aquellas dos almas, él mismo se dirigió á casa de los concubinarios, y, con las maneras más dulces y obligantes, no hubo medio, que no pusiera en obra, á fin de combatir la resistencia y rendir la obstinación de aquellos endurecidos corazones. A tanto llevó su condescendencia para con el infeliz, que, después de ruegos y amenazas, le dijo se contentaría con que fuera á escuchar una sola de las pláticas de la santa misión. Mas todo fué en vano, porque, duro como el acero, obstinóse el pecador, y no quiso doblegarse á las caritativas instancias del Apóstol. Descorazonado el Padre con este ataque infructuoso, desistió por entonces de su empeño, volviendo asaz apesarado á las interrumpidas plegarias, á las penitencias, á las lágrimas por el casi total abandono y perdición de aquella alma.

El resultado fué que, dos ó tres dias después, predicando el P. Gabriel, recomendaba á los

oyentes á que entonces, más que nunca, rogasen por la reducción de aquel público libertino y escandaloso, pues sabía con certidumbre que, si dentro de veinticuatro horas no se convertía á penitencia, arrepintiéndose de sus crímenes, según los inexcrutables juicios del Juez omnipotente debía morir sin remedio, y ser arrojado á los abismos infernales. A tan terribles expresiones respondió el auditorio con oraciones, helado de terror y estremecimiento. Anublados sus compasivos ojos, oraba también el buen Padre para detener el brazo de la divina Justicia; y sin perder del todo las esperanzas de traer á mandamiento al infeliz, al ir al dia siguiente á la iglesia, volvió con gran solicitud á pasar por casa del miserable mestizo para tentar la última prueba, y hacer todo lo posible con el fin de llevarlo consigo á oir el sermón. Pero esta vez lo halló ausente, pues adrede se había retirado el menguado á pasar algún tiempo en la playa del mar, temeroso de que el Padre tornaría á visitarle, y á solicitar, con santas importunaciones, su cambio de vida.

Triste y pensativo dirigióse entonces el Padre Malagrida á la casa de Dios, donde le aguardaba concurso inmenso, ávido de escuchar las apostólicas instrucciones de la comenzada misión. Apenas el Predicador afligido había dado principio al discurso, sin poder alejar de sí los fatídicos presentimientos, que cruzaban por su fantasía, cuando el impenitente obstinado, acometido de fuerte dolor de cabeza, volvía á su propia casa. No bien hubo pe-

netrado los umbrales, cayó desvanecido con la violencia del dolor en brazos de su criminal compañera, y allí, á los pocos minutos, exhaló su alma impura sin el menor indicio de arrepentimiento. Cuán cierto es que no tenemos un instante seguro! Y qué locos cuantos difieren para la muerte el máximo negocio de salvarse, exponiéndose á tormentos sin fin!

A vista de escarmientos tan estrepitosos é instructivos vivísima fué la conmoción de todo el pueblo, y por medio de los rumores que se difundían, igual fué también la de varias provincias americanas, donde se referían tan frescos y terribles ejemplos. Aprovechábase de ellos, con gran fuerza, el prudente Misionero relatando sendos y tremendos castigos, que él mismo había presenciado. Dichosos los que, hollando fútiles temores, sabían amoldar sus costumbres á tan sólidas enseñanzas! Con estos consuelos, aunque con el corazón traspasado de pena por la perdición de aquella alma, concluyó sus apostólicas faenas en Varganova el incansable Obrero, y de allí partió luego al colegio de Parahyba.

Como al divino Maestro á las salidas y entradas de los pueblos, así al privilegiado discípulo le salían al encuentro los que en su valimiento confiaban. Al llegar á dicha ciudad el Siervo de Dios, presentósele un negro, pidiéndole que le sanara. Tenía el paciente una pierna horriblemente llagada con amagos de gangrena. Compadecido el Padre levantó los ojos al cielo, oró con fervor por el suplicante, y con

solas sus oraciones lo despidió repentina y milagrosamente curado.

No fué tan feliz el suceso ocurrido con el magistrado, del cual hicimos mención al principio de este mismo capítulo. El pueblo, acongojado por las tiránicas y arbitrarias medidas de la autoridad, recurrió al P. Malagrida, confiando en que, por el prestigio y ascendiente, de que gozaba con nobles y plebeyos, podría con sus instancias lo que ellos no habían podido conseguir con reclamaciones y protestas. Mas qué podía hacer un pobre religioso con sujeto, que le miraba con desdén, y hasta con resentimiento? Sin embargo, escudado en la justicia de la causa, menospreciando el fundado temor de atraerse la cólera de aquel hombre poderoso, aceptó benigno la enojosa comisión, y se dispuso á cumplirla.

Habiéndose, pues, apersonado con el Gobernador, le rogó en nombre de Dios que escuchara las justas quejas y lamentos del pueblo, tristemente vejado. Inútil tentativa! El caritativo comisionado fué despedido con desaire y hasta con irreverencia sin resultado ninguno. Volvió segunda vez á su empeño; y en esta ocasión le manifestó el Gobernador con altivez y desagrado que en vano y neciamente se cansaba, porque ni por él, ni por todos los suyos, cambiaría en un ápice su sistema de gobierno; y que en cuanto á las medidas, motivo de las reiteradas quejas, tan lejos estaba de ceder, que acababa de escribir al monarca á fin de que, con su regia autoridad, les diera estabili-

dad y firmeza. *Sabed, pues,* le contestó el Padre, lleno de fuego profético, *que antes que vuestra carta haya franqueado las puertas del real palacio, estareis vos en las de la muerte, próximo á dar el terrible salto del tiempo á la eternidad.* Como lo dijo, así desgraciadamente se cumplió. Todavía no había llegado á Portugal la mala, portadora de las inícuas letras, cuando el Gobernador murió impenitente, después de haberse negado á recibir los consuelos de la Religión, nuestra cariñosa madre.

El mismo espíritu de profecía manifestó en el siguiente caso. En el pueblo de Bomjardin, estando el religioso Varón en la iglesia, engolfado en meditación profunda, lleno de santo fuego que le inflamaba el rostro, levantóse de repente, y llegándose á un hombre que allí cerca tenía, le preguntó: *Amais á nuestra Señora, la Virgen María?*

Sin duda ninguna, contestó el hombre sorprendido.

Mirad bien lo que decís, repuso el P. Malagrida. *Hablais con toda sinceridad?*

Seguramente, respondió el otro: *y no hay cosa que no hiciera por mi benignísima madre la Reina soberana.*

Si pretendeis, dijo el Padre, *ser hijo devoto de María, por qué durante tantos años guardais sacrílegamente ocultos tales y tantas culpas?* y se las nombró. Y luego, en tono severo, mezclado de dulzura, añadió: *Qué aguardais? Por qué no lavais con la penitencia las manchas de vuestra alma?* Herido de estas palabras como

de un rayo, penetrado del más vivo dolor y arrepentimiento, este pecador sacrílego y presumido corrió á los piés de su confesor, á quien descubrió todas las llagas de su alma, que por tan largo tiempo había tenido encubiertas.

Con el brillo de tan extraordinarios dones, y en medio de las alabanzas, que le grangeaban sus trabajos y virtudes, se conservaba el Siervo de Dios desconocido de sí mismo, en la humildad más profunda. Hé aquí de ello una prueba bien edificante. En una reunión numerosa de gente de letras sostenía el Padre con sólidos argumentos, en cuestión delicada, la opinión contraria á otro teólogo distinguido: iba exponiendo sus razones con la modestia, que le caracterizaba, y como deshiciera con gran limpieza y concisión las máquinas de objeciones y argucias, con que le combatía el adversario, irritóse éste de manera que, encolerizado, rojo de ira contra su vencedor, y no pudiendo defenderse con razones de peso, llenóle de injurias y vituperios. En observando el humilde Religioso el rubor y enojo del contrincante, derribóse á los piés del teólogo, pidiéndole perdón de su orgullo y descomedimiento. Espectáculo tierno, que llenó de admiración á todos los circunstantes, y al vencedor de sí mismo de gloria imperecedera.

Pero era su humildad, no llorona, ni cobarde, sino magnánima y emprendedora, sin que todos los obstáculos pudieran impedirle grandes obras de la divina gloria. Antes de salir de

Parahyba para Pernambuco, quiso el P. Malagrida coronar sus trabajos con una institución regeneradora: hablo de la edificación de un pequeño seminario para la educación de la juventud, destinada al sacerdocio. Pero, como suele acontecer, á la altura de la importancia de la obra que intentaba, se levantaron los estorbos y dificultades, que era preciso allanar para dar cima á tan colosal empresa. Todo lo removió el industrioso Apóstol para que no se perdiera por su culpa: y el Señor, que tantas veces le había asistido con particular providencia para proyectos parecidos, también bendijo en este sus esfuerzos de suerte que el mismo Padre puso la primera piedra del edificio á fines de 1745 en presencia del nuevo gobernador D. Antonio Borghes de Fonseca y del R. P. Antonio Soarez, vicario de la población.

Muchos fueron los que ayudaron con sus donativos y limosnas á este utilísimo establecimiento; mas entre todos los bienhechores merece singular memoria D. Teodoro Alvarez de Sousa, que hizo para ello donación de una posesión considerable. Con tanto esmero y diligencia procuraba el Varón apostólico asegurar el fruto recogido en sus misiones, agenciando en todas partes instituciones aptas para perpetuar los buenos sentimientos de los fieles, convertidos por la misericordia del Señor á más cristiana vida.

CAPÍTULO XVIII.

Vuelta del P. Malagrida á San Luis y embarque para Lisboa.

Dos años había pasado nuestro célebre Misionero recorriendo las vastas diócesis del Brasil, renovándose á su tránsito, en todas partes, el espíritu de penitencia y de piedad, antes casi del todo extinguido en la mayor parte de los cristianos allí residentes. Durante su ausencia de San Luis un nuevo prelado, D. Manuel de la Cruz, religioso de la orden de Claraval, se había sentado en la silla episcopal de aquella ciudad, el cual, deseando conocer la viña, que el Señor le había encomendado, y sabiendo por otro cabo, amén del incansable celo, con que la había cultivado nuestro insigne Obrero, las maravillas con que el Todopoderoso afianzaba sus fatigas incesantes, solicitó ahincadamente de los superiores que lo llamasen al Marañón para servirse de sus luces y desvelos en la cultura de sus ovejas. Accedieron estos á tan justos deseos, y llamaron al P. Malagrida. Apenas recibió éste la orden de los que para él representaban á Jesucristo, cuando, sin el menor reparo, abandonando aquellos campos fertilizados con sus constantes sudores, emprendió el camino de la costa